

## Educación superior integrada

LA UNIVERSIDAD HA DE ESFORZARSE POR SERVIR A LA VERDAD Y AL BIEN DE LOS HOMBRES, DEBE FUNDAMENTAR SU TAREA EN LA CONCIENCIA DE LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA Y EN EL AMOR A LA VERDAD Y A LA LIBERTAD, Y HA DE FAVORECER RELACIONES CONFIADAS Y SENCILLAS ENTRE PROFESORES Y ALUMNOS, APTAS PARA UN MAGISTERIO ENTREGADO. CUANDO ESTO OCURRE, EL UNIVERSITARIO ADQUIERE HÁBITOS INTELECTUALES Y DE COMPORTAMIENTO MUY VALIOSOS PARA SÍ MISMO Y PARA LOS DEMÁS. SU ELEVADO INTERÉS POR LA VERDAD LE LLEVARÁ A BUSCARLA CON EMPEÑO INTELECTUAL Y RIGOR CRÍTICO, Y A COMUNICARLA GENEROSAMENTE A LOS DEMÁS CUANDO LA ALCANCE. SENTIRÁ SU RESPONSABILIDAD DE DOMINAR LO MÁS POSIBLE EL SABER RELACIONADO CON LA PROFESIÓN QUE HA DE EJERCER, PARA PRESTAR CON ELLA UN MEJOR SERVICIO; PERO NO DEJARÁ DE CULTIVAR SU MENTE CON VERDADES DE OTROS CAMPOS, Y ESTARÁ ABIERTO A LAS CUESTIONES TRASCENDENTES. SERÁ CAPAZ DE FORMAR CON LIBERTAD SUS PROPIAS CONVICCIONES Y CRITERIOS, AUNQUE TRATARÁ DE HACERLO CON FUNDAMENTO EN LA VERDAD, Y CON RESPETO A OTROS PARECERES LEGÍTIMOS. SABRÁ APRECIAR LOS VALORES POSITIVOS AJENOS, Y A NADIE DISCRIMINARÁ. Y HABRÁ DESCUBIERTO QUE EL SERVICIO A LOS DEMÁS ES FUENTE DE ALEGRÍA.

PALABRAS CLAVE: EDUCACIÓN SUPERIOR, UNIVERSIDAD, VERDAD.

THE UNIVERSITY MUST STRIVE TO SERVE THE TRUTH AND THE COMMON GOOD OF MANKIND, TO BASE ITS ENDEAVOUR ON ITS AWARENESS OF THE DIGNITY OF THE HUMAN PERSON, ON THE LOVE FOR TRUTH AND FREEDOM, AND TO DEVELOP TEACHER-STUDENT RELATIONSHIPS IN AN ATMOSPHERE CONDUCIVE TO CONFIDENCE AND COMMUNICATION. IN SUCH AN ENVIRONMENT, STUDENTS ACQUIRE THOSE INTELLECTUAL AND BEHAVIOURAL HABITS WHICH ARE OF VALUE TO THEMSELVES AS TO OTHERS. WHEN TRUTH IS HELD IN HIGH ESTEEM, IT IS PURSUED WITH SINGLEMINDEDNESS AND CRITICAL ACCURACY. STUDENTS WILL BECOME MORE AWARE OF THEIR RESPONSABILITY TO ATTAIN KNOWLEDGE AS RELATED TO THEIR CHOSEN PRO-

---

**Ei002**

Francisco Ponz

Profesor Honorario.  
Departamento de Fisiología  
y Nutrición,  
Facultad de Farmacia  
Universidad de Navarra  
fponz@unav.es

---

**FESSION AND SO BE OF BETTER SERVICE TO SOCIETY; BUT WITHOUT EXCLUDING OTHER FIELDS OF LEARNING AS SOURCES OF TRUTH OR CLOSING THEMSELVES OFF FROM ISSUES OF TRASCENDENTAL SIGNIFICANCE. THEY SHOULD THUS BE BETTER ENABLED TO ARRIVE AT THEIR OWN PERSONAL CONVICTIONS AND CRITERIA WITHIN THE FRAMEWORK OF RESPONSIBLE FREEDOM, ALWAYS ACCOMPANIED BY A DEEP RESPECT FOR OTHERS, WHOSE OPINIONS MAY DIFFER FROM THEIR OWN. AN THEY WILL DISCOVER THAT SERVING OTHERS BRINGS GREAT HAPPINESS.**

KEY WORDS: HIGHER EDUCATION, UNIVERSITY, TRUTH.

ENTRE LAS INSTITUCIONES QUE HAN SURGIDO A LO largo de la historia, la Universidad, con sus características propias, desempeña funciones de primera importancia para la humanidad. De la Universidad se esperan científicos y profesionales competentes, con personalidad madura, buen criterio y convicciones sólidas. A ella corresponde en primer término el cultivo y acrecentamiento de los saberes, la investigación científica, la reflexión y profundización sobre las cuestiones de mayor relevancia para el hombre. En su ámbito se ejercita la capacidad intelectual y la visión universal, se enaltece la libertad y la propia responsabilidad, se enseña a convivir en el respeto, la comprensión, la amistad y el servicio mutuo. En la etapa universitaria se enriquece la personalidad, se eleva la mirada a más altos horizontes culturales y espirituales, se dispone el ánimo para afrontar empresas generosas. Todo esto explica que la Universidad deje una impronta perenne en el espíritu, un modo de entender la vida y de desenvolverse en la sociedad.

La hondura y características de esa huella dependen de la idea que la Universidad tenga de sí misma, y del sentido con que sus profesores realizan su función de magisterio. Los rasgos del universitario que se ofrecen en la breve exposición que sigue, son los que cabe esperar de una Universidad que esté fundada en el amor a la verdad y el afán de servicio a los hombres, y que cuente con un profesorado que se entregue a su función de magisterio en busca del mayor bien de alumnos y discípulos.

#### **I. SINGULARIDAD Y DIGNIDAD DEL HOMBRE**

En la Universidad, por su misma naturaleza, prima la actividad intelectual. En ella el entendimiento humano está habitualmente en tensión, en el estudio, al plantearse un problema, al tratar de responder a una cuestión. Este habitual ejercicio de la mente facilita advertir la singularidad propia del hombre. El universitario está mejor preparado para apreciar que el hombre es muy distinto de las cosas, de los demás vivientes, de los animales que muestran algunos comportamientos cercanos. Se ve capaz de estudiar, de adquirir conocimientos y de pensar sobre ellos. Tiene conciencia reflexiva de su yo, de un yo que es sujeto que conoce, quiere y actúa, que es él mismo a lo largo del tiempo. Capta con su inteligencia realidades materiales y espirituales, penetra en lo que son, forma de ellas ideas abstractas con lo que entiende que les es esencial, advirtiendo aspectos que podrían ser de otra manera. Comprueba que razona, que compara unas ideas con otras, que puede deducir nuevas verdades a partir de las que ya conoce, e inducir principios generales a los que se ajusta lo real. Se interroga por cuestiones que ignora, se plantea problemas, a veces muy complejos, que con frecuencia

logra resolver. Elabora hipótesis y teorías para explicar la realidad, y se esfuerza en contrastar su validez.

El hombre es consciente de que puede retener en su memoria imágenes y operaciones, pero también ideas, razonamientos, discursos de su pensamiento. Hace continuo uso del lenguaje simbólico con el que expresa sus ideas, su pensamiento, sus amores y proyectos, intercambia conocimientos, aprovecha la herencia de saberes y cultura que ha recibido del pasado y la transmite acrecida a las siguientes generaciones. Con particular motivo puede admirar el universitario la capacidad única del hombre para diseñar instrumentos con fines preconcebidos. Con ellos amplía prodigiosamente sus posibilidades de observar y medir, ejecuta difíciles y muy hábiles operaciones, realiza cálculos matemáticos complejos, logra comunicaciones veloces, sensibles y fiables. Él mismo planifica estrategias operativas secuenciales para conseguir un objetivo, cadenas de acciones espaciadas en el tiempo con previsión de sus posibles contingencias.

Nota que en su vida abundan las acciones involuntarias, automáticas, pero al mismo tiempo está persuadido de no ser un autómatas. Evidencia su libertad: que en muchas ocasiones puede hacer algo o no hacerlo; realizar una cosa u otra distinta; hacerla de un modo o de otro, dirigir la atención hacia un objeto o hacia otro, elegir una posibilidad determinada entre varias, mediante decisiones libres y responsables, "suyas". Siente tendencias instintivas y motivaciones biológicas, pero es consciente de que, a diferencia de los animales, no está imperativamente obligado por ellas; con su voluntad libre ejerce control de su conducta, puede posponer algunas y aun supeditarlas según principios éticos, en favor de más altos valores del espíritu y de derechos y necesidades de otras personas.

Al reflexionar sobre estas y otras características singulares del ser humano, un universitario, quizá mejor que otros, advierte que se dan en él muchas actividades que resultan inexplicables por las solas propiedades de la materia, que son inconcebibles en un animal, ni en el primate más perfeccionado. Son operaciones que se apoyan en la compleja funcionalidad del cerebro, pero suponen inmaterialidad y reclaman la existencia del espíritu. El hombre no puede ser entendido como resultado sin más de una feliz y fortuita emergencia en la evolución biológica, hay en él inmaterialidad. Es espíritu y materia, está compuesto de alma y cuerpo en íntima unión sustancial que se rompe con la muerte. Como enseña la fe, el hombre ha requerido la acción creadora de Dios, que lo ha hecho a su imagen y semejanza. Por eso el hombre es *persona*, un ser inteligente, libre y responsable, con señorío sobre la naturaleza, preparado para vivir en sociedad y comunicarse, con aspiraciones a la verdad, al bien, a la belleza, a la justicia, a la libertad; que está llamado a un destino superior trascendente, al gozo eterno en el amor de su Creador, que es Dios y Padre.

En eso se funda la dignidad de la persona humana, a la que nadie, ni uno mismo, tiene derecho a lesionar. Y la Universidad, como institución de educación superior, promueve el más pleno desarrollo de la personalidad en todas sus dimensiones, centra todo su quehacer y su atención en la persona, quiere servir a todas y cada una de las personas. Esa alta consideración de la persona humana ha de informar todas las relaciones y la entera vida de la Universidad.

## **2. BUSCAR LA VERDAD, CON ESFUERZO Y RIGOR INTELECTUAL**

Es propio de la inteligencia humana el anhelo de saber, de conocer qué es uno mismo, qué son las cosas, por qué sucede cuanto sucede, el sentido de la vida y de cuanto existe. Y, como es natural, se

quiere un conocer verdadero, conforme a la realidad y no como en ficción o fábula. En el universitario, ese querer se hace hambre de saber, amor apasionado a la verdad, porfía por ir siempre más allá, por desentrañar la verdad cada vez más. Ese ímpetu intelectual del universitario por saber ha contribuido en alto grado a lo largo de la historia al acrecentamiento de los conocimientos, al desarrollo de las ciencias, a los avances de la Tecnología.

El universitario aprende pronto que buscar la verdad requiere ejercitar hábitos intelectuales, trabajo de la inteligencia, esfuerzo perseverante de la mente con ánimo de superación de las dificultades, autoexigencia y rigor en el razonamiento. Comprueba que la verdad no se encuentra con facilidad aunque se la busque con diligencia y que se niega del todo al perezoso. El estudiante ha de empeñarse en el estudio, querer *saber* y no *aprobar*; llegar

a estar capacitado por los conocimientos y destrezas adquiridos, y no simplemente *legitimado* por un título.

Saber reclama estudio, reflexión, distinguir entre lo leído y lo aprendido, entre lo entendido y lo asimilado e incorporado a la mente. Precisa darse cuenta de qué se ofrece fundadamente como verdad probada y qué es una posibilidad más o menos probable. Esto es necesario tanto al preparar un examen, como al querer poner al día un tema. Hace falta asimismo rigor crítico en la investigación científica, para no dejarse llevar por prejuicios ni primeras impresiones; al proponer una hipótesis y al asegurar cada paso que se da para contrastarla; al comprobar si los datos y resultados son fiables; al razonar con lógica antes de dar un parecer o deducir unas conclusiones.

Estos hábitos intelectuales o, como decía J. H. Newman, *disciplina de la mente*, cobran también valor en muchos otros aspectos de la vida. El universitario tiene una sana actitud crítica ante lo que se dice; percibe mejor la insuficiencia de una argumentación, la falta de credibilidad de un slogan. Le permiten ser más él mismo, más libre, menos juguete de manipulaciones; cede menos al error aunque lo compartan muchos. Está abierto a cambiar de modo de pensar, pero no acepta el engaño, ha de descubrir que hay verdad, razones convincentes para hacerlo.

### 3. HUMILDAD INTELLECTUAL

El rigor crítico al buscar la verdad no implica autosuficiencia, no es poner a la propia razón como única medida de la realidad. Un universitario sensato es bien consciente de que si sólo admitiera la verdad que conquista con su propio entendimiento, sabría muy pocas cosas. Buscar la verdad conduce a la humildad, porque se hacen patentes las propias limitaciones, ignorancias y errores; se avanza en desentrañarla a costa de circunscribirse a campos muy restringidos de conocimiento, en los que uno se mueve con cierto dominio. Y aun entonces, ha de apoyarse en saberes de muchos otros autores que le merecen confianza.

La inmensa mayoría de lo que se tiene como cierto en la disciplina a que uno se dedica, tanto más en lo que se acepta como saber común, se basa en la veracidad y crédito intelectual que se reconoce en otras personas y en que nuestra inteligencia no lo ve inadmisibile. Esa clase de certeza suele llamarse de fe humana. El universitario reconoce además que hay áreas científicas en las que por falta de base no puede penetrar; y, si es sensato, admite también que puede haber realidades que superen a su inteligencia. Si la humildad intelectual lleva a admitir la certeza de fe humana, más se pueden aceptar con fe divina las verdades reveladas por Dios.

#### 4. COMPARTIR LA VERDAD

El universitario busca la verdad por sí misma, para poseerla y contemplarla. Conocer por conocer, decía Cicerón, pertenece a la naturaleza humana. No se busca la verdad por un *utilitarismo* económico, aunque a veces de una verdad se derive un provecho material. Tampoco se debe buscar por recibir aplauso. Por lo demás, el gozo que produce la verdad no es egoísta, sino difusivo: mueve a compartirlo, dando a conocer esa verdad en reuniones científicas y en publicaciones apropiadas, para que se integre en el común patrimonio de la humanidad. Cuando hace ésto, el universitario no trata de imponer *su verdad* de forma autoritaria, sino que la propone con sus fundamentos para que los demás la redescubran. No pretende aplastar con argumentos, desea iluminar sin deslumbrar. Al propio tiempo, admite que en su razonamiento puede haber inseguridades y puntos débiles. Quiere participar lo positivo de su hallazgo, pero también desea aprender de los demás. Y ha de ser siempre respetuoso con las opiniones ajenas, aunque no le convenzan.

#### 5. APERTURA A TODA VERDAD Y ESPECIALIZACIÓN

El acelerado crecimiento del saber, espectacular en tantas áreas, hace imposible que la mente satisfaga sus ansias de conocer universal. Las limitaciones de la inteligencia obligan a ceñirse a una reducida parcela del saber por la que se siente atraído, que de ordinario será la que defina su campo de actividad profesional. Desde la perspectiva del trabajo, esto supone que es necesaria la especialización, para que el servicio que con él se preste a la sociedad tenga calidad. Pero esto no implica que la mente del que se especializa haya de desentenderse de todo lo demás. La inteligencia no resiste quedar encerrada entre las cuatro paredes de un saber práctico. El hombre no se puede quedar como un robot admirablemente programado, pero esclavo del programa. Por eso, es un importante reto para una Universidad ofrecer una buena formación especializada, a la vez que abrir la mente de los alumnos a los horizontes universales de la verdad, hacia las variadas formas de creación del espíritu, y, sobre todo, hacia las verdades trascendentes que dan luz a la existencia humana.

Esta apertura se facilita porque la Universidad es lugar de convivencia y diálogo entre profesores y alumnos de diversas carreras, de intercambio de verdades y problemas, de convergencia en el estudio interdisciplinar de un mismo tema. Variadas cuestiones despiertan la atención del universitario que, sin daño para su preparación profesional cara al futuro, supera pragmatismos, enriquece su mente, se interesa por las verdades vitales para el hombre y forma libremente su criterio

#### 6. MENTES CULTIVADAS Y CULTURA

La sociedad espera del universitario, junto a la competencia profesional, una base aceptable de otros conocimientos, claridad de mente y de expresión de las ideas, respeto a personas y pareceres, lógica en el razonamiento, educación cívica, cortesía. El entendimiento ha debido aprender a trabajar con orden y método; a captar la verdad yendo más allá de lo que los sentidos aportan; a reflexionar y ponderar sobre los hechos y las cosas. La educación y el cultivo de la mente llevan a la moderación y prudencia en el juicio, a no hablar y juzgar de lo que apenas se conoce, a no querer dar soluciones mágicas y simples sin estudiar los asuntos: La mente cultivada se suele acompañar de buen sentido, pensamiento sobrio, sereno y ecuánime; deseo de considerar las razones ajenas sin encerrarse en

prejuicios personales; confiere dignidad, hablar sencillo y natural, y una firmeza de convicciones muy lejana de cualquier terquedad.

Con el cultivo y enseñanza de las diversas ciencias, la Universidad ha de facilitar que se alcance un nivel suficiente de cultura, y proporcionar también cierta visión unitaria que contribuya a percatarse del sentido de la vida y del mundo. Ortega entendía la cultura como el “sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad”, como “repertorio de convicciones” que dirige la existencia humana, bagaje de “ideas claras y firmes sobre el universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo”. Y la Universidad ha de ser, como ha escrito Pedro Rodríguez, “el ente máximo en el orden de la cultura, la institución (...) en la que se posee reflejamente la cultura”. El ambiente universitario es, en efecto, donde más se plantea el

hombre los interrogantes profundos acerca de sí mismo.

El universitario ha de tener la íntima aspiración de encontrar respuesta válida a esos grandes interrogantes humanos, clave cultural que ha de iluminar su vida, su trabajo profesional y su comportamiento social. Anhela alcanzar verdades objetivas sobre esos grandes temas. El pensar filosófico aproxima a esas respuestas vitales, mas no sin penumbras y confusiones. Con la fe cristiana, las verdades trascendentes se esclarecen. Como ha dicho Juan Pablo II: “el punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: ante el misterio de Dios”. No hay completa ni verdadera cultura si no se atiende a la dimensión religiosa del hombre, que satisface su más alto anhelo: “conocer lo verdadero, lo bueno, lo bello, y esperar un destino que le trascienda” (Juan Pablo II).

#### **7. EL UNIVERSITARIO, HOMBRE DE CRITERIO**

Los hábitos intelectuales, el cultivo de la mente, el noble afán de conocer la verdad sobre las cuestiones más importantes para el hombre, explican que el universitario sea por lo común una persona de criterio. Esto significa disponer de respuestas acertadas ante situaciones y problemas, no sólo en el ámbito de la propia actividad profesional, sino en los temas fundamentales de la vida; saber encuadrar hechos y cuestiones en sus coordenadas apropiadas, con serena ponderación, conforme a convicciones sólidas fundadas en la verdad. Tener criterio recto y claro capacita para resistir la vorágine del convencionalismo, el oportunismo y la superficialidad, que impera en tantos ambientes; es defensa contra la gigantesca ola de distracción y banalidad que amenaza imponerse en la sociedad de consumo y bienestar de nuestros días; da firmeza en el timón para mantener el rumbo y no navegar a la deriva.

#### **8. FIDELIDAD A LA VERDAD**

Cuando la inteligencia alcanza una verdad, se adhiere y compromete con ella. No queda la verdad almacenada en un anaquel de la memoria, para sacarla a relucir sólo si interesa. La verdad es luz permanente, imposible de apagar, que influye en las convicciones y en la conducta. La verdad reclama fidelidad, coherencia entre el pensamiento y las obras. No puede dejarse entre paréntesis cuando resulta exigente. Como dice el Beato Josemaría Escrivá “la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas”. Cuanto más importante es la verdad, cuanto más dice respecto

de lo que uno es y a lo que está llamado, más hay que buscarla y hallarla, y con mayor exigencia pide lealtad. Las verdades trascendentes dan origen a compromisos intelectuales y a principios éticos que no deben ser traicionados, que evitan caer en las aberraciones de un cientifismo ciego, vacío de moral.

Del amor a la verdad nace asimismo un deber de veracidad, de correspondencia entre lo que hay en el pensamiento y lo que manifiestan las palabras y los gestos. El espíritu universitario rechaza el engaño, la doblez, la simulación, los tapujos; gusta del aire limpio y transparente, de las ventanas abiertas a la luz; pide sencillez y verdad en todos los aspectos de la vida universitaria.

#### **9. AMOR A LA LIBERTAD**

El universitario, consciente de su dignidad como persona, es un apasionado por la libertad propia y ajena. La reclama para que la institución educativa en que trabaja actúe según sus idearios, sus convicciones, su modo de entender el quehacer educativo. La exige para buscar la verdad y para exponerla sin presiones extrañas, para mantener lo que entiende es verdadero. No cede ante mayorías conformistas con el error; se rebela contra la imposición coactiva y defiende su libertad de conciencia. Admite que pueda estar equivocado, pero para cambiar de parecer quiere razones suficientes.

El celo por la propia libertad, lleva a amar y respetar la libertad de los demás y a defenderla contra cualquier atropello. El universitario sabe que las discrepancias no se resuelven condenando al silencio, sino buscando sinceramente la verdad, con el sereno intercambio de perspectivas y razones. En la discusión universitaria no se busca vencer, sino estudiar para *convencer* o *convencerse*. Habrá ocasiones en que una verdad no sea reconocida por todos; y será aún más frecuente que se ofrezcan soluciones diferentes para un mismo problema. Pero eso no ha de ser motivo para coartar la libertad, ni para menospreciar a las personas.

Libertad y responsabilidad son inseparables. Sólo quien es libre de pensar, de decidir y de actuar puede sentirse responsable. Por eso, la Universidad, que promueve el amor a la libertad, educa al mismo tiempo en la responsabilidad. Lo hace al mostrar verdades que dan luz al entendimiento y forman la conciencia, al ensalzar valores que orientan la conducta. Estimula la libertad y la responsabilidad al enseñar que hay que considerar y respetar a todas las personas, cuando favorece el compañerismo y la solidaridad, cuando defiende la libertad ajena y rechaza la burla, la intimidación o el atropello; y cuando el diálogo es sereno, ante pareceres, aficiones o gustos diferentes. Se forma en esas virtudes al otorgar confianza, al impulsar la iniciativa, al no extremar controles ni vigilancias, al llamar a que cada uno responda ante la propia conciencia; también, cuando se comprende a quien reconoce un fallo o un error personal, y cuando al corregir no se hiere, sino que se enseña y se ama.

#### **10. LA ALEGRÍA DE SERVIR**

En el núcleo de la vocación universitaria está el deseo alegre de servir, de ayudar a los demás, de querer que los alumnos y discípulos crezcan y maduren como personas, se hagan científicos y profesionales competentes, sepan desenvolverse en la familia y en la sociedad con ejemplaridad y encuentren el camino hacia la felicidad verdadera. Ese deseo de servir es alegre, porque no se busca un “a cambio”, es un desinteresado querer el bien ajeno. Cuando en la Universidad abunda el afán de

servir, es fácil que en los universitarios se forje una *mentalidad de servicio*, que es fecunda ya en la misma vida de estudiante, y que lo seguirá siendo también en la futura vida profesional, familiar y social.

En la Universidad se sirve al enseñar, al procurar la educación integral de la juventud universitaria; al hacer investigación científica en bien de la humanidad. Se sirve cuando se incita a realizar lo mejor posible el propio trabajo, cuando se siembra alegría, confianza, paz, generosidad. Servicio es querer con obras lo mejor para el otro, ayudar a quien lo necesita, alentar al decaído, evitar que alguien se sienta solo, desatendido, tratado con indiferencia. Servicio es renunciar al protagonismo, saber integrarse en un equipo de trabajo colectivo, anteponer los fines corporativos y generales a los personales, apagar diferencias, restañar heridas, unir voluntades para el logro de nobles objetivos comunes.

La sociedad necesita de la mentalidad de servicio que un buen universitario aporta. Espera de él que realice su trabajo profesional y cumpla sus deberes cívicos con sentido de servicio. Pero además, la sociedad precisa que los universitarios presten otro importante tipo de servicio: defender con firmeza y argumentos la verdad y la libertad, denunciar la injusticia, la hipocresía, la corrupción; ofrecer con su conducta honrada y ejemplar sólido agarradero de rectitud y honorabilidad para que muchos no sean arrastrados. La sociedad ha hecho posible la educación del universitario, y él ha de corresponder poniendo en ejercicio su servicio a la verdad y a las personas, y su profundo sentido de la solidaridad social.

## II. UNIVERSALIDAD

El valor universal de la verdad, la dignidad igual de todas las personas, el amor a la libertad, el respeto a todas las legítimas opiniones y el espíritu de solidaridad, fundamentan otro rasgo del universitario: su visión universal. La formación universitaria ayuda a apreciar los valores positivos en las personas, actividades, instituciones y países; suprime prejuicios, rechaza los partidismos cerrados, los localismos y nacionalismos a ultranza peyorativos para los demás. Son legítimas las preferencias personales, el agradecimiento y cariño a personas y ambientes que acogieron los comienzos de la propia vida y contribuyeron a la educación, pero no debe darse a todo eso valor absoluto, no ha de dar lugar al desprecio, rechazo ni falta de respeto a los demás.

En la Universidad, la mente y el corazón se han de hacer universales y magnánimos, han de abrirse para acoger a todos, próximos o alejados, sin discriminaciones de ningún tipo. A todos se comprende. Cuanto ocurre a otra persona, dondequiera que sea, es de interés y mueve a la solidaridad.

## 12. MAGISTERIO UNIVERSITARIO Y RELACIÓN PERSONAL

La educación es un proceso que requiere comunicación interpersonal, interacción de maestros y estudiantes, entrega de conocimientos y experiencias, enseñanza y aprendizaje. Se desarrolla en el seno de una comunidad vivificada por un dinamismo que tiene por motor el bienquerer. La vocación al quehacer universitario incluye una disposición radical de donación del profesor, en su función de magisterio, para el mejor bien del alumno. Cuanto más se quiere este bien, más generosa es la entrega del profesor y más profunda resulta la acción educativa.

No basta la presentación de conocimientos en las clases. En muchos casos eso podría hacerlo un simple libro. No basta enseñar una ciencia, o cómo se ejerce una determinada profesión. En la



Universidad hay que enseñar también el valor y sentido de la vida. Y esto sólo se consigue con una relación personal en la que el profesor es *maestro*, enseñando a vivir y a pensar: con el ejemplo, en primer término, y con la palabra experimentada, amistosa y cordial, que es luz y consejo. La vida universitaria ofrece muchas oportunidades para que esta relación se haga realidad. Y la labor de asesoramiento académico personal es una de ellas, un medio muy apropiado y de gran eficacia para dar cauce al bienquerer que caracteriza al auténtico magisterio universitario. ■